

Viaje al fin de la noche (Voyage au bout de la nuit) es la primera y más famosa novela del escritor francés Louis-Ferdinand Céline, escrita en 1932.

Viaje al fin de la noche es una narración de rasgos autobiográficos. Su protagonista, Ferdinand Bardamu, enrolado en un momento de estupidez en el ejército francés y asqueado en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, decide desertar haciéndose pasar por loco, no sin presentar toda suerte de personajes pintorescos, y el absurdo y la brutalidad de la guerra. Tras esta y un noviazgo con una estadounidense, Lola, va a parar a un barco —en el que los demás pasajeros lo quieren linchar—, rumbo a una colonia francesa en África. Su descripción del sistema colonial francés es hilarante y sumamente crítica : dice, más o menos, que las colonias francesas son el paraíso de los pederastas y que todo se funda en la explotación del negro. Unas fiebres acaban con esa aventura y llega en un estado cercano a la esclavitud a Estados Unidos. Escapa en Nueva York, donde vive por un tiempo y se reencuentra con Lola, a quien extorsiona. Vuelve a viajar, esta vez a Detroit, donde traba amistad con una prostituta norteamericana, pero vuelve a París y ejerce la medicina a pesar del asco que le da su clientela. (https://es.wikipedia.org/wiki/Viaje_al_fin_de_la_noche)

En su estadía en África Ferdinand Bardamu contrae Malaria y durante por un buen momento el relato se enrarece adquiriendo ribetes surrealistas, asociado a los accesos febriles de la enfermedad. El párrafo que se encuentra a continuación relata, dado que los accesos febriles eran tan regulares, como los personajes de la novela se divertían compitiendo sobre quién tenía el pico de fiebre más alto.

“Una de las otras distracciones del grupo de los modestos asalariados de la Compañía consistía en organizar concursos de fiebre. No era difícil, pero nos pasábamos días desafiándonos, lo que servía para matar el tiempo. Al llegar el atardecer y con él la fiebre, casi siempre cotidiana, nos medíamos. «¡Toma ya! ¡Treinta y nueve!...» «Pero, bueno, ¿y qué? ¡Si yo llego a cuarenta como si nada!»

Por lo demás, aquellos resultados eran del todo exactos y regulares. A la luz de los fotóforos, nos comparábamos los termómetros. El vencedor triunfaba temblando. «¡Transpiro tanto, que ya no puedo mear!», observaba fielmente el más demacrado de nosotros, un colega flaco, de Ariège, campeón de la febrilidad, que había ido allí, según me confió, para escapar del seminario, donde «no tenía bastante libertad».”